

**Intervención del ex Presidente Ricardo Lagos en
el homenaje al Cardenal Raúl Silva Henríquez**

CENTRO EXTENSION U.C.

09.04.07

2320 04

*Estas Memorias, cuyo publico es celebracion, no permite compararse
mejor
por*

El Cardenal Raúl Silva Henríquez está en el corazón de millones de chilenos gracias al testimonio de grandeza espiritual que dio, a la cabeza del Arzobispado de Santiago y de la Conferencia Episcopal de la Iglesia Católica, en una época oscura y dramática de nuestra historia.

El Cardenal Silva Henríquez hizo cuanto estuvo a su alcance para buscar una salida racional al conflicto político de 1973 y evitar el derrumbe de las instituciones democráticas. Por desgracia, sus esfuerzos no bastaron. Consumado el golpe de Estado, suscribió junto al Comité Permanente del Episcopado un pronunciamiento nítido:

"Nos duele inmensamente y nos oprime la sangre que ha enrojecido nuestras calles, nuestras poblaciones y nuestras fábricas -sangre de civiles y sangre de soldados- y las lágrimas de tantas mujeres y niños. Pedimos respeto por los caídos en la lucha y, en primer lugar, por el que fue hasta el martes 11 de septiembre el Presidente de la República. Que se acabe el odio, que vuelva la hora de la reconciliación".

La Iglesia creía entonces –como tantos otros- que el régimen de fuerza sería transitorio y que los militares efectivamente se proponían restaurar el orden institucional, para lo cual era necesario cooperar con tal objetivo. Sin embargo, esto no hizo dudar al Cardenal respecto de sus deberes. El 24 de septiembre de 1973, cuando el sufrimiento y el luto se extendían a través del país, acudió al Estadio Nacional abarrotado de detenidos. Allí dijo: "Quizá muchos de ustedes no me conocen. Me llamo Raúl Silva Henríquez, soy Cardenal de la Iglesia Católica. Represento a una Iglesia que es servidora de todos y especialmente de los que sufren. Quiero servirlos y, tal como Jesús, no pregunto quiénes son ni cuáles son

sus creencias o posiciones políticas. Me pongo a disposición de los detenidos...". El 9 de octubre, la Iglesia Católica concurrió, junto a otras instituciones religiosas, a la formación del Comité Pro Paz, que desempeñó una inmensa labor de auxilio de las víctimas de la represión hasta fines de 1975. Obligado a poner fin a la actividad de dicho organismo, el Cardenal adoptó poco después una decisión de significado histórico: crear la Vicaría de la Solidaridad, al alero del Arzobispado de Santiago. Esta es probablemente su obra mayor, porque fue gracias a la indoblegable acción humanitaria de la Vicaría, gracias a la abnegación y los desvelos de quienes allí laboraron, que muchos compatriotas

encontraron apoyo en los años de la inclemencia. La Vicaría representó el humanismo consecuente y salvó muchas vidas. ¡Cómo no agradecer con emoción todo lo hecho por los valientes trabajadores de la Vicaría, a quienes inspiró y guió el Cardenal Silva Henríquez!

Mucha gente noble merecería hoy reconocimiento y gratitud. Junto al Cardenal hubo numerosos sacerdotes y religiosas, además de laicos, que trabajaron sin descanso por aliviar los dolores del pueblo chileno. Quisiera recordar en este día a dos obispos que dejaron un recuerdo imborrable en mucha gente sencilla: me refiero a don Enrique Alvear y a don Fernando Ariztía.

Hay que decirlo claramente: en los años de la dictadura la Iglesia Católica, con el Cardenal Silva Henríquez a la cabeza, le dio al país una lección imperecedera en el ámbito moral y de los principios de civilización. Antes de 1973, la expresión “derechos humanos” prácticamente no formaba parte del lenguaje político, académico o periodístico en Chile. Dábamnos por hecho que estábamos a salvo de la arbitrariedad. En realidad, no teníamos conciencia cabal del valor determinante de ese cuerpo de principios ni de la preeminencia que tenían la paz, la libertad y el derecho para construir una sociedad más justa. Lo aprendimos a un costo muy alto, y en ese proceso de aprendizaje el magisterio de la Iglesia fue

decisivo. Es hora de que todos lo reconozcamos sin ambages, más allá de cualquier diferencia filosófica o religiosa.

Defender los derechos de quienes piensan como uno es una respetable expresión de los lazos de compañerismo que son propios de cualquier grupo humano. Lo verdaderamente difícil es defender los derechos de quienes piensan distinto, incluso muy distinto, porque sólo en tal caso la adhesión a la cultura de los derechos humanos refleja genuina convicción. Y la Iglesia Católica lo hizo. No discriminó entre quienes sufrían y expresó el amor al prójimo en las palabras y en los hechos.

Hoy entendemos mejor que, tratándose de la vida social, nada es más importante que el respeto de las garantías individuales y que no puede aceptarse forma alguna de avasallamiento de las personas, cualesquiera que sean las banderas ideológicas o políticas que se enarbolean. De la dura experiencia de la dictadura debemos extraer una lección definitiva: los derechos humanos deben ser defendidos en toda circunstancia y en todo lugar, y tal defensa no puede depender de quiénes sean las víctimas y quiénes los victimarios.

El Cardenal encarnó la defensa vigorosa del alma de Chile, entendida como el acervo de valores que dieron identidad a la República, en primer lugar el amor a la libertad. Esa causa, que vibró en sus homilias en los años sombríos, dio luminosa universalidad a su misión e interpretó a chilenas y chilenos de muy diversas creencias y filiaciones.

En su momento –como ocurrió con el Padre Hurtado– fue incomprendido y atacado por muchos. El Cardenal estaba conciente de ello, pero entendía que había allí un testimonio moral al cual no podía renunciar.

*Fue feo en su soledad!!!
dijo Ascario Carallo*

En ese momento oscuro y de negación de las instituciones democráticas, la república, en su sentido más profundo, el alma de Chile, encontró una voz que pudo ser hostilizada pero nunca acallada, Fue la voz de una iglesia, lo que permitió al hilo republicano no ^{se} cortara, sino resistiera hasta que fruto de tantas voluntades y sacrificios de muchas y muchos, la República volviera a ser esa realidad sólida que ha construido la democracia y cuyo patrimonio debemos cuidar y proteger.

Los valores defendidos por el Cardenal fueron la base sobre la cual se construyó la gran convergencia de fuerzas que nos permitió recuperar la democracia. No podemos olvidarlo. La herencia de este chileno entrañable está hoy viva en la acción de su Iglesia por supuesto, pero también en las instituciones y la convivencia que hemos sido capaces de construir. Está en la cultura de la solidaridad, en el espíritu de tolerancia y de diálogo, en la voluntad de tener un país más justo y cohesionado, en el compromiso con los derechos humanos. Pero su mensaje es exigente: tenemos que seguir trabajando, con pasión y tenacidad, por la humanización de la sociedad.

¡Gracias, don Raúl, por todo lo que usted hizo por la Patria!